

tan solo que no es tiempo todavía de precipitar los sucesos (1).» En estas palabras no había compromiso alguno, pero lo que significaban era suficiente para hacer creer a la exaltada fantasía del rey que había conseguido lo principal. Gustavo soñaba ya con un ejército de cruzados compuesto de diez y seis mil experimentados guerreros suecos y de ocho mil soldados rusos por lo menos, que pensaba conducir a Francia, pues el mando supremo de aquel ejército a nadie sino a él podía confiarse (2), y en su mente flotaba un plan completo para reorganizar la Francia después de conseguida la victoria. En 6 de mayo de 1791 escribió al conde Fersen, por conducto del baron Taube (3): «Si vuestras majestades consiguen escapar de París, preciso es que reunan a todos los parlamentos y declaren ilegal la Asamblea nacional, punibles los atentados cometidos contra los derechos del trono, y rebeldes y traidores a la patria a los miembros de la Asamblea. Preciso es también que gobiernen en todo el reino; que luchen contra los rebeldes; que llamen de nuevo a todos los elevados funcionarios, oficiales superiores y obispos que han tenido que huir del país; que restablezcan las cosas en el ser y estado que tenían antes de la revolución; que repongan al clero en su antigua autoridad y en sus antiguas funciones; que resuciten los tres estados, confundidos por el capricho de la Asamblea nacional; que encarcelen al duque de Orleans, haciéndole juzgar y condenar sin compasión alguna por uno de los parlamentos; que restablezcan la subordinación y la disciplina más absolutas en el ejército, sin perdonar para ello los castigos más severos; que no acepten transacción alguna, sea quien fuere el que la proponga, para hacer otra Constitución mixta, sino que restablezcan el poder absoluto del monarca, y que se alejen de París para siempre y maten con su completo olvido a esa caverna de asesinos, pues mientras haya en Francia un París, no podrá haber nunca reyes, como la historia bien claramente lo ha demostrado.» Casi de idéntica manera se expresaba la nobleza cortesana emigrada de Francia, con la cual trabó el rey amistad personal cuando en junio de 1791 visitó a Aquisgran. Desde esta ciudad escribía en 16 de junio: «Aquí he encontrado casi todo lo grande que Francia poseía: todos estos ilustres desterrados constituyen una sociedad muy agradable; todos están animados del mismo odio contra la Asamblea nacional y de ideas acerca de todo cuyo atrevimiento llega hasta donde no podeis imaginaros. Es un espectáculo notable y triste a la par oírles y verles (4).» Enterado del proyecto de fuga de la familia real, dirigióse a Spa para estar más cerca de la frontera. A pie se paseaba por delante de la puerta de la ciudad y con febril impaciencia miraba ora el reloj ora el camino por donde debía llegar el correo que esperaba y que debía llevarle la noticia del feliz resultado de la fuga. Durante la noche, despertóle el baron Fabian Wrede con la terrible noticia de que todo había fracasado (5).

La tentativa de fuga del rey, durante la noche del 20 al 21 de junio de 1791, era el término visible de un trabajo de zapa que un oficial sueco, el conde Juan Axel de Fersen (6),

(1) Geffroy, II, pág. 131-132.

(2) A Breteuil, 17 de mayo de 1791. Geffroy, II, págs. 132-133.

(3) Klinckowstrom: *Le comte Fersen et la cour de France*, París, 1878, I, págs. 116-117.

(4) Geffroy, II, pág. 162.

(5) Geffroy, II, pág. 140.

(6) Nació en 4 de setiembre de 1755; era hijo del mariscal de campo conde Federico Axel de Fersen, jefe del partido francés de los sombrosos. Véase para lo que sigue: *Le comte Fersen et la cour de France. Extraits des papiers du grand Marechal de Suède, comte Jean Axel de Fersen, publiés par son petit-neveu le Baron R. M. de Klinckowstrom, colonel suédois. Avec un portrait de Fersen et deux facsimiles de lettres autographes de Marie Antoinette*, París, 1878.

estaba practicando desde hacía meses con el más profundo secreto. Durante los últimos meses del reinado de Luis XV, este personaje, que entonces contaba diez y nueve años, había ido por vez primera a París y a Versalles, habiendo encontrado una acogida que el conde Crenz describe, en 29 de mayo de 1774, en los siguientes términos: «De todos los jóvenes suecos que en mis tiempos han estado aquí, el conde Fersen ha sido el que mejor acogida ha tenido en la alta sociedad. La familia real le ha prodigado las más distinguidas atenciones. Es imposible presentarse con más talento y mejores formas que él lo ha hecho. De bello semblante y dotado de gran inteligencia no podía menos de tener buen éxito en la sociedad, y el que ha conseguido ha sido completo (7).» Después que hubo sido presentado a María Antonieta, escribió: «La reina es muy graciosa, pero nada bonita (8).» Cuando estalló la Revolución se encontraba en Valenciennes de coronel y propietario del regimiento francés Real Sueco. A principios de 1791, salió de este puesto para ponerse en París al servicio personal de la oprimida real familia, a la cual, según él mismo escribía (9), no quería abandonar en su desgracia después que ella le había colmado de honores y beneficios en los días de bonanza. Su plan consistía en hacer huir de París al rey y a los suyos, y consagraba toda su actividad a cuidar y descifrar la correspondencia secreta que la corte mantenía con sus pocos leales amigos, tales como el baron Breteuil, el marqués Bouillé y el conde Mercy, y a enviar al rey Gustavo relaciones acerca de la situación en que la familia real se encontraba en medio de la anarquía y acerca de los medios que Suecia podría adoptar cerca de las potencias extranjeras tales como Rusia, el Imperio, España, Cerdeña y Suiza, para promover un movimiento que mejorara aquel estado de cosas.

En 8 de marzo de 1791 escribía al rey Gustavo: «París, aunque muy cambiado, vive todavía de la esperanza y todavía se embriaga con las ideas de libertad y de igualdad; lo propio acontece en las provincias, donde el descontento es grande y aumenta de día en día, sin que pueda a pesar de todo manifestarse exteriormente hasta que tenga un caudillo y un centro de unión, cosas que no tendrá mientras el rey permanezca encerrado en París. El rey no será rey entre ellos, suceda lo que suceda, mientras no reciba del extranjero un auxilio que infunda respeto a su propio partido. Es preciso, pues, que salga de París, pero ¿adónde irá? El partido del rey se compone exclusivamente de ineptos ó de hombres cuya exaltación y exagerado celo son tan grandes, que es imposible dirigirles y confiarles algo que exija un procedimiento lento y una gran prudencia. Una y otro son requisitos indispensables al tratarse de escoger el punto que debe servir de refugio a los fugitivos. Es preciso estar completamente seguro sobre el particular y contar con un hombre adicto que tenga influencia en el ejército, previamente tanteado. Pero todo esto no sería suficiente sin el auxilio de las potencias vecinas tales como España, Suiza y el Imperio, y sin el apoyo de las potencias septentrionales a fin de mantener en jaque a Inglaterra, Prusia y Holanda, para el caso, muy posible, de que intentaran oponer dificultades a las buenas disposiciones de aquellos países, é impedirles, por medio de un ataque contra ellos dirigido, que prestaran su ayuda al rey de Francia. Sin esta unión de fuerzas considero imposible que el rey haga siquiera una tentativa para recuperar su autoridad. Todos los resortes están rotos; todas las cabezas destruidas; no hay orden ni disciplina entre las tropas; nadie quiere obedecer, y todos quieren mandar. Las

(7) Geffroy, I, pág. 359.

(8) Klinckowstrom, I, pág. XXI.

(9) Febrero, 1791. Klinckowstrom, I, pág. LVIII.

leyes ó no subsisten ó no tienen fuerza ejecutiva; todos los poderes están contrapuestos y luchan entre sí; todos los delitos quedan impunes, exceptuándose aquellos que se cometen a impulsos de la adhesión al monarca (1).» En 1.º de abril decía el conde Fersen al baron Taube: «Sus majestades pueden contar con un partido considerable en Francia y con un asilo en las fronteras septentrionales. El señor de Bouillé dirige todo esto. Dentro de dos meses a más tardar, el rey podrá salir de París y pasar a vias de hecho (2).»

Es digno de notarse que desde que se inició el plan de fuga, cuyo objeto era alejar al rey de París, no se pensó en manera alguna en alejarle de Francia y que no solo se trató de salvar a la real familia sino también de llevar a cabo la restauración de la causa monárquica. Desde una plaza fuerte del Norte de Francia debía el rey, rodeado de aquel núcleo de tropas que le había permanecido fiel, dirigir un manifiesto al elemento monárquico de la nación, excitándole a que eligiera una nueva Asamblea cuya misión fuera formular una nueva Constitución (3). A este comienzo de reacción en el interior de Francia debía servir de apoyo el asentimiento expreso de una confederación importante de las potencias europeas. En cuanto a la cooperación de los emigrados, del conde de Artois y del príncipe de Condé, no se pensó en ella, antes bien fué excluida del plan premeditadamente y por motivos bien fundados.

Para asegurar el éxito de la evasión de París, primera condición indispensable de toda la obra de salvación, adoptó el rey el más absoluto disimulo. «Para desorientar por completo a los conjurados acerca de sus verdaderas intenciones,—escribía Fersen en 2 de abril (4),—el rey aparentará reconocer la necesidad de entregarse por completo a la Revolución y de asimilarse a ella; obrará siempre según sus consejos y accederá a todos los deseos de esta canalla para privarles de todo pretexto de amotinarse, mantener la tranquilidad é infundirles la confianza que necesita para escapar de París. Todos los medios que conduzcan a este fin deben ser aprobados. Dícese que se trata de pedir el licenciamiento de todas las tropas del cuarto militar del rey: a esto debe accederse y quizás se obtendrá con ello algún dinero.»

Los trabajos preliminares de la empresa no estuvieron presididos por muy buena estrella. Sin la participación del emperador Leopoldo, hermano de la reina, no podían las potencias europeas llegar a un acuerdo que produjera cierta impresión; y el emperador se negaba a dar paso alguno que, aun de lejos, pudiera comprometerle. Aquel soberano no se mostraba avaro de palabras de vivo interés por la suerte de la corte con la cual tan íntimos lazos le unían, pero dudaba que pudiera hacer algo que no dependiera del buen éxito de la fuga de París, y no se mostraba muy partidario de esta, antes por el contrario aconsejaba que se esperaran con paciencia mejores tiempos. A pesar de todo cuanto dijo, para explicar esta conducta, acerca de su propia situación como emperador y de su decidido amor a la paz (5), la ne-

(1) Klinckowstrom, I, págs. 86-87.

(2) Klinckowstrom, I, págs. 89-90.

(3) En la carta de Bouillé a la Asamblea (véase más abajo) se explica el plan secretamente convenido de la siguiente manera: «Se resolvió que iría a Montmedy y que en cuanto se encontrara allí seguro, comunicaría a los príncipes extranjeros el paso que acababa de dar y los motivos que le habían inducido a darlo; que haría por suspender su venganza hasta que una Asamblea por él convocada le hubiese dado la satisfacción que debía esperar y hubiese regulado los derechos del monarca y los del pueblo francés. Una proclama debía convocar un nuevo cuerpo legislativo libremente elegido; la ejecución de los planes expuestos en las actas de los diputados, únicas que expresaban los deseos de la nación, habría servido de base a los trabajos de los representantes de Francia.»

(4) Klinckowstrom, I, pág. 98.

(5) Fersen a Taube en 2 de abril de 1791. Klinckowstrom, I, pág. 95.

gativa que de ello resultaba no era por eso menos dolorosa.

El terrible día 18 de abril puso en descubierto toda la magnitud del peligro que consigo llevaba la tentativa de fuga de la real familia. El rey quería dirigirse a Saint-Cloud con su familia para pasar allí el día de Pascua: en la mañana del citado día oyó en su capilla la misa que celebró un sacerdote de los que no habían prestado juramento. Ya anteriormente le había dicho Bailly que su expedición produciría cierta agitación, pues el pueblo estaba decidido a no tolerarla, a lo cual había contestado el rey que él había decretado para todos la libertad de ir adonde quisieran; que era por tanto muy extraño que él fuera el único hombre que careciese del derecho de alejarse a una distancia de dos leguas para respirar el aire puro, y que por consiguiente quería hacer la excursión. Acompañado de la reina, de madama Isabel, de sus hijos y de la señora de Tourzel bajó la escalera de palacio; y como los carruajes no hubieran podido reunirse en el patio de los príncipes, quiso irlos a buscar al Carrousel. Habiéndosele manifestado que allí estaba reunida una muchedumbre numerosa, permaneció de pie en el patio de los príncipes y la reina propuso que subieran al coche que acababa de llegar, por más que fuera una simple berlina. Los seis subieron a ella, pero apenas los caballos llegaron a la puerta, los guardias nacionales se negaron a abrirla y a dejar libre el paso al rey. Lafayette les dijo que de esta manera solo podían hablar los enemigos de la Constitución, pues desde el momento en que se ponía límites a la voluntad del monarca se daba a éste la apariencia de un prisionero y se declaraban nulas todas las leyes por él sancionadas. Todo fué en vano; sus palabras fueron contestadas con insultos y con la afirmación de que el rey no saldría. También llovieron injurias sobre el monarca, llegándosele a calificar de cerdo cebado; allí oyó que era incapaz para gobernar, que había que destituirle reemplazándole por el duque de Orleans, etc. Lafayette solicitó del alcalde que publicara la ley marcial y que hiciese enarbolar la bandera encarnada; pero su demanda no fué atendida. Díjosele entonces que si tal había sería la primera víctima: ofreció su dimisión y se le contestó que ya podía apresurarse a presentarla. Tampoco obtuvieron resultado sus esfuerzos cuando arengó al pueblo allí reunido, pues los granaderos que llegaron juraron que el rey no saldría y que dispararían sobre él sus fusiles al menor movimiento que hiciera (6). El final de todo esto fué que el rey, después de más de dos horas de vanos esfuerzos para salir de aquella situación, tuvo que mandar retroceder el carruaje y regresar a palacio con su familia.

Desde este día 18 de abril se vió claramente que una fuga era una empresa peligrosa y que ó no podía llevarse a cabo ó había de realizarse en medio del más profundo secreto, de la oscuridad de la noche y con todas las precauciones imaginables.

Para el objeto, los preparativos y la seguridad militar del viaje, era hombre muy a propósito el marqués de Bouillé, aquel valiente general a quien conocemos desde la jornada de Nancy y que a la sazón estaba en relaciones muy íntimas con el conde Fersen (7). De su correspondencia con este se desprende que en su cuartel general de Metz solo tenía cuatro batallones de tropas suizas y alemanas, y aun en estas no podía tenerse mucha confianza. Ya en 18 de abril exigió, como cosa indispensable, que un ejército de diez ó doce mil austríacos se dirigiera hacia el Luxemburgo (8) y que, aunque

(6) Relación de Fersen a Taube (18 de abril). Klinckowstrom, I, páginas 103-104.

(7) Véase más arriba.

(8) Carta de fines de mayo, en Klinckowstrom, I, pág. 126.

agresores en apariencia, tuviesen secretamente la orden de ponerse á la disposicion de Luis XVI en cuanto este los necesitara. El ataque simulado debía darles un pretexto para sentar su cuartel general en Montmedy, en donde esperarían al rey y á su familia. Por la importancia que daba á una cooperacion de los austriacos desde Bélgica, puede calcularse la dolorosa impresion que en su ánimo produciría la conducta esencialmente pasiva del emperador Leopoldo. Con fecha 9 de mayo escribía á Fersen: «Segun la carta del conde Mercy, es de temer que los austriacos no se unan al rey; pero es preciso insistir para que si no vienen como aliados, puedan seis ó siete mil de ellos ser tomados al servicio del monarca: este apoyo es necesario para conservar bajo sus banderas á las tropas que tengo reunidas, y que aun cuando son esencialmente alemanas, pueden ser ganadas, mientras que por aquel medio todo es factible y contaremos con la lealtad de los nuestros (1).»

La presencia de los austriacos en el Luxemburgo, y el avance de algunos escuadrones hácia Birton, Arlon y otras plazas de las cercanías de Montmedy eran, á los ojos de Bouillé, datos indispensables para resolver la cuestion de si el rey debía atravesar la frontera ó permanecer en Francia, aunque cerca de ella, y sostenerse en su país con tropas propias. Segun su opinion, manifestada en una carta de fines de mayo, si el rey queria meramente salvar su persona por medio de la fuga al extranjero, él estaba pronto á protegerla inmediatamente en cualquier momento que se creyera oportuno (2). En cuanto al segundo modo de fugarse, era para él de tanta importancia la apariencia de amenaza de un ataque extranjero que le sirviera de pretexto para salir con toda la guarnicion de la ciudad de Metz, que aconsejó se aplazara la realizacion del plan hasta el 15 ó 20 de junio, porque antes de esta época no podrían presentarse los austriacos en el lugar designado. El aplazamiento de la fuga hasta el 20 de junio era además necesario por otras razones de índole especial.

En 13 de junio escribió Fersen al general: «La expedicion está definitivamente fijada para el día 20 á media noche. Una mala camarera del delfín, de la que no es posible deshacerse y que se marcha el lunes á primera hora, nos ha obligado á este aplazamiento hasta dicho día, á partir del cual podeis contar seguramente con el viaje (3).»

El día 14 de junio confirmaba Fersen lo dicho acerca del día 20 y pedia que se le preparara alojamiento en Montmedy para él y para el conde de Provenza, que debía huir durante la misma noche, aunque por distinto camino (4). En la mañana del 22 de junio daba Fersen, desde Mons, cuenta al baron Taube y á su padre de la expedicion llevada á cabo en los siguientes términos: «Al momento soy con ustedes. El rey y toda la familia real huyeron felizmente de Paris á las doce de la noche del 20 de junio; les he acompañado hasta el primer cambio de tiro. ¡Ojalá el resto del viaje se lleve á cabo con la misma felicidad! A cada momento espero noticias: cuando las haya recibido proseguiré mi camino por la margen del rio para juntarme con el rey en Montmedy, si ha podido llegar allí sin novedad (5).» En la tarde del 23 supo que todo se habia perdido.

El conde Fersen trabajó por la fuga de la desdichada familia real con una abnegacion y un celo incomparables. Para el rey habia hecho un empréstito de dos millones; habia encargado seis meses antes, como si fuera para una rica señora rusa, la señora Korff, el famoso carruaje de camino de seis

- (1) Klinckowstrom, I, pág. 121.
- (2) Klinckowstrom, I, pág. 126.
- (3) Klinckowstrom, I, pág. 137.
- (4) Klinckowstrom, I, pág. 138.
- (5) Klinckowstrom, I, pág. 139.

asientos; habia cuidado de su construccion y de que tuviera todas las comodidades apetecibles para una expedicion larga; y habia guardado aquella obra de arte, adornada con lujo verdaderamente regio, en el patio de su hotel de la calle de Matignon, donde podia examinarla cualquiera. Se habia procurado un pasaporte con el referido nombre de Korff; habia alquilado los coches que debían llevar á los fugitivos fuera de la ciudad hasta la barrera de San Martin, donde les esperaba el carruaje de camino; él en persona sacó de palacio, en la madrugada del 21, al pequeño delfín, á la señora de Tourgel y á la princesa; él mismo sirvió de cochero á los viajeros hasta la citada barrera, donde les hizo subir al otro carruaje, y colocándose en el pescante junto al cochero ayudó á guiar los caballos, que él mismo se habia proporcionado. En media hora llegaron á Bondy, desde donde, y á instancias de la reina, regresó Fersen á Paris (6).

Segun el plan de Bouillé, la expedicion debía hacerse por Meaux, La Ferté-sous-Jouarre, Montmirail, Chalons sur Marne, Sainte-Menehould, Varennes, Dun y Stenay, hasta llegar á Montmedy. Hasta Chalons los viajeros debían ir sin escolta militar, pero desde Pont-de-Sommevesle el viaje se continuaria bajo el amparo de una division de caballería que desde el medio día del 21 de junio se encontraria dispuesta en aquel sitio.

Al principio todo fué bien, hasta que ocurrió un retraso de dos horas en una salida, retraso cuyas funestas consecuencias no podían prever los viajeros. El rey estaba de excelente humor. «Por fin nos encontramos, decia á los suyos, fuera de esa ciudad de Paris, en la cual tantas amarguras he pasado. Estad convencidos de que si vuelvo á ocupar mi puesto, seré un hombre muy distinto del que hasta ahora habeis visto.» Luego leyó el documento que habia dejado para la Asamblea y se imaginó la felicidad que pensaba atraer sobre Francia cuando pudieran regresar sus hermanos y sus leales servidores, cuando pudiera restablecer la religion y remediar las desgracias que habian causado los decretos que le habian sido impuestos y cuya ejecucion se habia llevado á cabo contra su voluntad. Al ver que su reloj marcaba las ocho exclamó: «Ahora estará Lafayette pasando cuidado por mí (7).»

En Pont-de-Sommevesle, casi detrás de Chalons, tuvo un primer desencanto, pues el joven duque de Choiseul, que debía encontrarse allí con una division de húsares, no parecia por parte alguna: era esto debido á que el duque, despues de esperar en vano por espacio de dos horas, y creyendo que el rey ya no llegaria, habia regresado por el camino mas corto á Montmedy (8).

En el próximo cambio de tiro, en Sainte-Menehould, sucedió algo peor: el oficial Audoins, que se encontraba allí con un escuadron de dragones para escoltar hasta la frontera una remesa de dinero que habia de llegar de Paris (pretexto de antemano convenido), al penetrar en la ciudad con el coche del rey, fué preso por la poblacion amotinada y encerrado en la cárcel, con sus tropas desarmadas. A las once y cuarto de la noche, el hijo del maestro de postas Drouet, que habia conocido al rey, se apresuró á marchar con un acompañante, y por un atajo, á Varennes, donde despertó á las autoridades municipales y á la guardia nacional, y los condujo al puente, que habia obstruido con un carro. A los

(6) Véase Geffroy, II, págs. 138-140.

(7) *Mémoires de Mr. de Tournel*, I, pág. 312.

(8) Para la historia completa de la fuga, véase: *Fuite de Louis XVI à Varennes d'après les documents judiciaires et administratifs de la haute cour nationale établie à Orléans*, par Eugène Bimbenet, ancien greffier en chef de la cour impériale d'Orléans. Segunda edición, Paris, Firmin Didot.

toques de rebato y generala se armaron todas las tropas de la pequeña ciudad; el rey se vió obligado á bajar con su familia del coche y, despues de haberse resistido durante mucho tiempo, vióse precisado á confesar quién era, lo que hizo en los siguientes términos: «Sí, yo soy vuestro rey: rodeado de puñales y de bayonetas en la capital, vengo á buscar en provincias, en medio de mis leales súbditos, la libertad y la paz de que todos disfrutais; no puedo permanecer mas tiempo en Paris sin exponerme á perecer con todos los míos.» Bajo

su palabra de honor aseguró que no era su intencion abandonar la Francia, y suplicó que le permitieran llegar únicamente hasta Montmedy, y aun que le acompañaran hasta allí, si así lo deseaban. Quizás hubiera podido llegarse á una inteligencia sobre este particular si los húsares del regimiento de Lauzun, que se encontraban en Varennes para prestar su apoyo al rey, no se hubieran negado á obedecer á sus oficiales y no hubiesen decidido unirse á la guardia nacional. Al poco rato llegaron de Paris un ayudante del general Lafayette



Detencion de la familia real en Varennes

te, llamado Romeuf, y un oficial de la guardia nacional, el cual describió con elocuencia la tristeza que reinaba en la capital por la partida del rey y el ardiente deseo con que todos ansiaban su regreso. Durante algunas horas esperó el monarca la llegada de los húsares que, procedentes de Dun, debían ser conducidos por el joven Bouillé para sacarle en libertad de Varennes; pero cuando al fin llegaron, la ciudad estaba llena de barricadas, y al tratar de penetrar en ella por la fuerza, se encontraron con una resistencia (1) que por su número no les era dado vencer. Entonces se decidió el regreso del rey á Paris, y con esto todo quedó terminado.

Este triste regreso se verificó en medio de la afluencia y acompañamiento de innumerables masas de guardias nacionales que iban engrosando á cada momento. Durante el

mismo no ocurrió mas que un incidente digno de ser mencionado. La Asamblea nacional habia enviado á recibir al rey tres comisarios que cuidaran de su seguridad personal y de la de su familia: eran estos los diputados Latour-Maubourg, Barnave y Petion (2), y además el coronel Mathieu Dumas, que habia de encargarse del mando de las masas armadas. En Dormans reuniéronse los comisarios á la comitiva; Barnave leyó al rey el decreto de la Asamblea y el monarca contestó: «Yo no queria abandonar el reino: mi ánimo era permanecer en él hasta haber examinado y aceptado con completa libertad la nueva Constitucion.» Al oír esto dijo Barnave muy por lo bajo á Dumas, que se encontraba á su

(1) Bimbenet, pág. 110.

REVOLUCION FRANCESA

(2) La relacion del viaje hecha por Petion y notable por mas de un concepto viene inserta en las *Mémoires inédites de Petion et Mémoires de Buzot et de Barbaroux*, Paris, 1866, págs. 189-204.